

DECADENCIA

DEL ÚLTIMO IMPERIO FRANCÉS

POR

D. EMILIO CASTELAR (1).

Los años 1868 y 1869 son los años que señalan de una manera clara y definitiva la decadencia del emperador. Cada uno de los pasos que da es verdadero tropiezo; cada una de las resoluciones que toma verdadera ruina. No tiene intento que no se le malogre, ni proyecto que no aborte, ni amigos superiores que no mueran, ni amigos incapaces que no le pierdan, ni enemigo que no triunfe y prevalezca. Parece que un hado fatal le persigue, le acosa, le aleja de aquella gran fortuna que le sonriera con venenosa sonrisa en los primeros días de su imperio.

Inmediatamente después de la guerra de Italia todo era próspero á su alrededor, todo sonriente: Rusia vencida y humillada en sus propios mares; Inglaterra amiga y devota; el Austria destronada del alto solio que los reyes le habían erigido en el tratado de 1815, y destronada por el sable de un Bonaparte contra quien aquellos tratados se escribieron; Italia, si no satisfecha, reconocida al vencedor de Solferino y de Magenta; la Lombardia libre y emancipada; Saboya y Niza volviendo por un plebiscito á engrandecer para el emperador su imperio y para los franceses su patria; Prusia, en apariencias amenazada, y en realidad soñando con la unidad de Alemania, pero soñándola en virtud de estrecha alianza con Francia; el Papa sostenido en su destrozado y vacilante trono por la mano del César, tan fuerte, que así podía encadenar como desencadenar las revoluciones, y despertar como adormecer á los pueblos, y herir como sostener á los reyes.

Pero bien pronto se notó su decadencia. La falta de cumplimiento al programa con que empezara la guerra y la sobra de ardides diplomáticos con que sustituyera el antiguo ardor guerrero, denunciaron al mundo la debilidad verdaderamente incurable de aquel emperador y de aquel imperio. Los gobiernos personales se hallan condenados á la infalibilidad y á la omnipotencia. Si un día se engañan, si otro día tropiezan, mueren sin tardanza y sin remedio. «Puesto que me pedís mis ahorros sin darme cuenta; y me arrancais mis hijos sin tenerme compasión, le dicen los ciudadanos; y pensais por mí, y por mí hablais, y sois la patria misma en alma y cuerpo, probadme que yo nada valgo, que yo nada importo, acertando vos, venciendo vos perpetuamente; y así comprendere que debais ser vos mi señor y yo vuestro esclavo.»

Desde el punto y hora en que el imperio se engañó una vez, no hubo medio de detener su decadencia. La Francia hasta entonces obediente, comenzó á ejercer y aguzar sus facultades de crítica; y la crítica de la nación de Voltaire es mortal á todos los tiranos de la tierra. Cuando Francia se rie, los tronos tiemblan. Y Francia comenzó á reirse de aquel imperio que la había aterrado con la deportación y los fusilamientos; que la había sumergido y ahogado en mares de sangre. Napoleon tenía un hermano bastardo, el duque de Morny, que para indicar su origen, pintaba á la portezuela de su coche una flor de hortensia, atravesada por una barra de bastarda. Los poderosos del mundo atropellan por todo con tal de conseguir larga cosecha de honores y de riquezas. Pero este hombre mundano, dispendioso, veía con clara mirada todas las nubes que se iban amontonando sobre el imperio, y en parte las disipaba y desvanecía con sus inspiraciones y sus consejos. Solamente, cuando el interés lo aguijoneaba y tenía necesidad de dinero, cooperaba en alguna loca empresa á la conjuración universal de los ánimos disgustados y á la ruina del imperio caído. Pero aparte de esto, su inteligencia clara y penetrante, su carácter flexible, sus maneras aristocráticas, el dón de gentes con que atraía á los mismos á quienes despreciaba, eran poderosos auxiliares al imperio. El, y solamente él había desconcertado la oposición republicana del Cuerpo legislativo y atraído con halagos á uno de sus miembros más importantes, á Emilio Ollivier. Pero Morny murió de anemia. Su cuerpo estaba consumido y apagado como su alma; y su alma y su cuerpo parecían el alma y el cuerpo del imperio. La emperatriz quiso verlo en su lecho mortuario, y fué tan grande la emoción producida por la vista de aquel cadáver, que se desmayó de pena como si hubiera visto el cadáver de su propio imperio. Y en efecto, desavenido de muchos de sus antiguos amigos, cercado por implacables adversarios, sólo en las altas cimas de la sociedad, donde falta el aire respirable; despojado por grandes desengaños, de aquella aureola socialista que habían ceñido á sus sienes algunos complacientes escritores para los cuales era Napoleon, como los emperadores romanos, el César de la plebe; sin la victoria en los campos de batalla; sin el poder y la influencia en los consejos diplomáticos, veíasele sucumbir al peso de una grande impopularidad, entre las maldiciones de todos aquellos que pensaban con elevación, y sentían con fervor, no ya en Francia, sino en Europa, en América, en toda la tierra.

Pero el hecho, que determina principalmente la decadencia del imperio francés, sin duda alguna, es la victoria de Prusia en los campos de Sadowah. El año 1866 comenzaba en plena paz. No parecía que el horizonte político hubiera de empañarse. La guerra de los ducados acababa de consumarse en Alemania, y Prusia y Austria acababan de dividirse sus despojos. La posesión de Schleswig se contaba entre las grandes aspiraciones nacionales de la raza germánica por la magnífica posición del puerto de Kiel y los peligros que habría en abandonarlo á extrañas y poderosas manos, siendo, como es, seguro de la integridad alemana y desaguadero de su riqueza y su comercio. Los daneses sufrieron la dura ley del más fuerte, y se encontraron vencidos, aunque no resignados á su derrota. El arreglo definitivo de esta cuestión debía ser asunto de conferencias diplomáticas; y estas conferencias engendran una nueva guerra continental que comenzó por transformar Alemania y concluyó por transformar Europa; que comenzó por un nuevo incidente de la eterna rivalidad de Austria y Prusia para concluir en actos sucesivos por disminuir el imperio austriaco, derribar el imperio francés y el poder temporal del Papa, desmembrar á Francia, y coronar la unidad de Italia y de Alemania.

A pesar de las divisiones fragmentarias del territorio germánico; á pesar de sus réculos, sombras de los antiguos señores feudales; á pesar de sus grandes ciudades exentas, remedo de los antiguos municipios; con un emperador que se asentaba aún bajo la sombra del desvanecido Sacro Imperio; con un Papa que dirigía desde el solio de Roma, eterna enemiga de Germania, la conciencia de una parte considerable de los germanos; la obra de la unidad estaba perfecta en la conciencia, aunque no estuviera ni comenzada en el espacio. Las tentativas de 1848 habían abortado como todos los proyectos prematuros, como todas las ideas que se anticipan á su sazón oportuna. Pero las ciencias fisiológicas, estudiando los caracteres distintivos de las razas; y las ciencias filológicas comentando la palabra que Alemania llevaba en sus labios; y las ciencias filosóficas en su apoteosis del espíritu nacional y en su conmemoración de los destinos históricos reservados á este espíritu en el tiempo; y las artes y las letras, ciñendo su corona de inspiraciones á toda la nación y elevándola al Thabor de sus grandes ideas; y la filosofía de la historia diciendo cuánto había contribuido la idea germánica á la savia de la idea universal, del espíritu humano, crearon esta nacionalidad superior, espiritual, cuajada en brillantes facetas, como un diamante, allá en el cielo de las ideas antes de bajar á estas esferas reales de la vida. Además, la idea de la unidad tenía una institución que, si bien disminuida y alterada, conservaba la generalidad del espíritu germánico. Y era la Dieta de Francfort, que, sin fuerzas, sin recursos, sin ejército ni presupuesto, juntaba en el haz de recuerdos comunes el espíritu y la vida general de la nación. Quizá la Dieta hubiera podido hacer más, inspirada en otro espíritu que no fuera el espíritu gótico de la reacción, y apoyada por otras potencias que no fueran las dos enemigas mortales, Austria y Prusia.

(Se continuará.)

REVISTA DE MODAS.

Sin muchas novedades á que poderme referir en la actual semana, claro es que poco podré hablar sobre el asunto. La caprichosa moda, tan anatematizada por el sexo fuerte, ha sufrido escasas variaciones, y esto obedece sin duda alguna á la proximidad de la estación venidera, que como todos los años acontece, ha de variar en parte el gusto de las confecciones actuales. Sin embargo, puede darse por hecho la continuación del *paletot* ruso como prenda de abrigo para señoras y niñas, forrado en pieles marta, y con un sencillo adorno en su parte exterior; siguen estando en boga los vestidos ceñidos, bien con sobrefalda ó gaban entallado de medios colores, y para sus adornos prefieren nuestras más distinguidas damas la vistosa trencilla jaspeada de gran anchura, alternando con el caprichoso boton marisco ó sus imitaciones de nacar, formando diagonales no muy pronunciadas.

El imperio de los lazos ha dejado de existir, puede decirse; apenas se confecciona hoy *robe* alguna que los lleve, y justo es que cedan el paso á otras novedades más interesantes y propias de la estación.

Los sombreros de forma cónica con ala vuelta, y los planos de ala tendida color gris, se disputan hoy el favor de cubrir ligeramente la graciosa cabellera del sexo bello; ámbos están llamados á predominar durante la estación de los frios.

Como llevo dicho, nada hay *riguroso* hoy por hoy en materia de moda: *la dernière n'est pas arrivée*; pero, á fin de tener al corriente á mis interesantes lectoras, llamo su atención sobre el grabado contenido en este número, al cual pueden remitirse como asunto de actualidad. Los figurines que aparecen como norma, distan muy poco de los trajes que ge-

neralmente se usan en la presente estación; pero reúnen gracia, y son en extremo elegantes. De pretensiones el uno para paseo y visitas, forma agradable conjunto por su riqueza y valor, al paso que el otro, por su sencillez, bandas y cogidos, revela un exquisito gusto y constituye el verdadero traje de *chambre* para señoritas.

No quiero terminar estos ligeros apuntes sin hacer mención de la bella y simpática señora duquesa de Huescar, de cuyo enlace nos han dado cuenta las crónicas para hacer saber á mis lectoras que los regalos de boda han sido muchos y de gran valía, figurando entre ellos una riquísima mantilla de encaje, obsequio de su tío el señor baron de Benifayó.

Para concluir, voy á consignar el último dato relativo á este dulce consorcio; y es, que la recién desposada ha llevado, á más de un magnífico *trous-seau*, tres millones de reales próximamente en perlas y brillantes.

SOFÍA.

Á GERMAN.

Como el sol, oh German, cuando se eleva
Sobre el negro horizonte,
En raudales de luz la vida lleva
Al valle, al llano, al monte,
Así la antorcha del saber fecunda,
Del mundo soberana,
Con luminosas ráfagas inunda
La inteligencia humana.
Todo tinieblas es para él que ignora,
Soledad y tristeza:
Do quiera para él muda, incolora,
Es la Naturaleza.
Y su vida monótona transeurre
Sin luz, sin pensamiento:
Incapaz de gozar, todo le aburre
En su oscuro aislamiento.
Tén lástima, German, del infelice
Á cuya opaca mente
El canto de las aves nada dice,
Ni la voz del torrente.
¡Ay de aquél para quien los resplandores
De ese cielo estrellado,
Y el mar inmenso y las fragantes flores
Son un libro cerrado!...

Tú, fortunado niño,
Á quien la Providencia
Dió de un buen padre el pródigo cariño
Que con afán severo
Encamina tu tierna inteligencia
Por el árduo sendero
Que á la virtud conduce y á la ciencia,
Lleno de amor y de entusiasmo ardiente
Lleva tu corazón á sus altares!
Ellas sean tus astros tutelares
Al cruzar de esta vida la corriente!
Esas hijas del cielo,
Delicia de los hombres y consuelo,
La paz del alma te darán, que en vano
A la ambición y al fausto pedirías.
Niño, joven, anciano,
En cualquier situación verás tus días
Deslizarse apacibles. Ni aún en medio
De las más apartadas soledades
Solo te encontrarás: jamás el tedio,
Carcoma de los necios, su pesada
Mano pondrá en tu frente, iluminada
De puras claridades,
Y felice serás: pues no hay ventura
Mayor en este valle de amargura,
Do el linaje de Adán se arrastra y gime,
Que alzar en alas del saber la mente
Á la region sublime
De ciencia y de virtud, perpetua fuente
Cuyo raudal fecundo
Vivifica los ámbitos del mundo!

EUGENIO DE OCHOA.

CHARADA.

No dos prima á mi todo
nada de bueno,
pues aunque es pequeñito
tiene veneno.

La solución en el número próximo.

ADVERTENCIA.

La correspondencia de la CRÓNICA se dirigirá al Sr. D. Manuel Rodríguez, Director de la misma, plaza del Biombo, núm. 2.

Madrid: Tipografía-Estereotipia PEROJO.

(1) Con este título empezamos á publicar uno de los estudios más notables de este insigne público, hoy que los acontecimientos de Francia preocupan el ánimo de todos los hombres pensadores. (T. 3.º C. XLVII. *Historia del M. R. en Europa*, propiedad de D. M. Rodríguez.)



REVISTA DE MODAS. — Trages de calle y visita.

CRÓNICA UNIVERSAL ILUSTRADA

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y POLÍTICA, MODAS Y ACTUALIDADES DE EUROPA Y AMÉRICA
ESCRITO POR LOS MAS CÉLEBRES AUTORES

ILUSTRADO POR LOS MEJORES ARTISTAS Y CON ACTIVOS CORRESPONSALES EN EL TEATRO DE LA GUERRA Y PRINCIPALES CIUDADES DEL MUNDO.

Cada número semanal consta de ocho grandes páginas en folio á tres y cuatro columnas, y contiene numerosos grabados.

Precio: UN REAL cada número en toda España (pagado en el acto de recibirlo).

Se suscribe en las principales librerías y por medio de los señores corresponsales y repartidores de esta Empresa.

No se exige á los señores suscritores cantidad alguna adelantada.

En los puntos en donde no tenemos corresponsal, las personas que deseen suscribirse podrán hacerlo directamente, remitiendo á esta Administración el importe adelantado de diez números, ó sean diez reales en libranzas ó sellos.

Van publicados cinco números, que los señores suscritores podrán recibir por el precio de cinco reales.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán al Sr. D. Manuel Rodríguez, PLAZA DEL BIOMBO, NÚM. 2, MADRID.